La Mujer Invisible *contra el* Hombre Araña*

Gloria del Carmen Young Chízmar

Vice Presidenta del Consejo Nacional de Escritoras y Escritores de Panamá

Introducción

Cuando la Academia Panameña de la Lengua celebraba sus 75 años de fundación, su presidenta, la poeta y ensayista Elsie Alvarado de Ricord, ganadora de diversos premios de literatura —entre ellos la primera Condecoración Rogelio Sinán que otorga cada dos años el Consejo Nacional de Escritores y Escritoras de Panamá por la obra de una vida—, decía estar muy preocupada por la aplicación de la Ley que elimina el lenguaje sexista de obras y textos que se utilizan en el sistema educativo, aprobada en el 2000:

> [...] la aplicación del llamado lenguaje igualitario [...] provoca lesiones aterradoras en todos los niveles y aspectos del idioma. [...] el pretendido lenguaje igualitario, que empezó con una justa lucha gramatical, ha terminado en tragicomedia.
>
> [...] la lengua española, que encierra un potencial de sonoridad para las hablas, ha engendrado un habla desarticulada, harapienta y tartamuda, que perdió el ataque vocálico dulce, propio de las lenguas neolatinas.[1]

Por si no fuera suficiente, el poeta y narrador Guillermo Sánchez Borbón, académico también de la cumpleañera Academia Panameña de la Lengua, segundo ganador de la Condecoración Rogelio Sinán este año, planteó que:

> [...] esa ley estúpida sobre lenguaje sexista que se le ocurrió a una mujer, que no se dio cuenta que hizo imposible hablar y escribir.[2]

De acuerdo con esto, según los académicos, el lenguaje sexista no tiene nada que ver con la historia de la subordinación de las mujeres a la dominación y al afán de poder de los hombres. Así, este problema incómodo del sexismo no se relaciona con el conjunto de todos y cada uno de los métodos empleados en el seno del patriarcado para poder mantener en situación de inferioridad, subordinación y explotación al sexo dominado: el femenino. Y mucho menos, el sexismo que abarca todos los ámbitos de la vida y las relaciones humanas.[3]

Desarrollo

La historia de la desvalorización de las mujeres es la historia de uno de los medios de comunicación más directos y efectivos: el lenguaje en todas sus formas. El lenguaje construido por los mismos héroes que luchaban en defensa o conquista de una región.

Todas las batallas de las mujeres a lo largo de los años para conquistar el dominio de su cuerpo, de sus decisiones, de sus formas de expresión, entre ellas, el lenguaje, para tan sólo empezar a vivir su condición de ser humano, son batallas absurdas. Porque, ¿quién dijo que la pérdida del género neutro del latín en las lenguas romances, para los sustantivos, asimilada al género masculino, tiene una motivación ideológica?

¡Imagínense! Que el lenguaje tenga a veces una visión androcéntrica no quiere decir que tengamos que eliminarlo. ¡Santo Dios! ¿A dónde vamos a ir a parar? ¿Quién ha dicho que la mujer se encuentra invisible en el lenguaje tan sólo por no mencionarla? El sexismo en el lenguaje debe entenderse como lo que es, dicen muchos (entiéndase: muchos), una cuestión de semántica. El empleo del género, en cambio, es una cuestión de gramática y la una no tiene nada que ver con la otra.[4]

Este trabajo trata el tema del lenguaje como lo que es: el reflejo de lo que es; de lo que queremos ser, mediante diferentes formas de expresión. La palabra hablada; la palabra escrita; la expresión visual a través de las artes plásticas; de los gráficos; del diseño digital; del cuerpo, en fin, todas las formas de expresión para comunicarnos son formas de lenguaje. En este sentido, trataremos del lenguaje que penetra en los hombres y en las mujeres con una inmensa estela de significados que han sido creados y fortalecidos a lo largo de su historia.

♦♦♦

En el lenguaje escrito, cuando se nos nombra, existimos. Cuando no se nos nombra, no existimos. O por lo menos, eso es lo que ocurre aunque no sea la intención. Si no nos nombran, somos invisibles; la mujer invisible. Esa invisibilización de la mujer en la palabra escrita se aprendió como un proceso de discriminación; como una práctica sexista, instaurada en los cimientos mismos de la cultura patriarcal. Y así, como dice Lety Elvir, poeta y ensayista hondureña:

> Bastó el 4% de una página del Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (DRAE), edición de 1970 para definirla: Persona del sexo femenino. La que ha llegado a la edad de la pubertad. La casada, con respecto al marido. [...] mujer del arte, de la vida airada, del partido, de mala vida, de mal vivir, o de punto, mujer mundana, perdida, pública, ramera. Ser mujer: haber llegado una moza a estado de menstruar. Mientras en el mismo diccionario, para conceptuar hombre fue necesario utilizar el 70% del espacio de una página. [...] Hombre: animal racional. [...] Varón: del sexo masculino. El que ha llegado a la edad viril o adulta. El que en cierto juego de naipes dice que entra y juega con los demás. El hombre público: el que interviene públicamente en los negocios políticos. No tener uno hombre: no tener protector. De hombre a hombre no va nada: expresión familiar con que se denota arrojo, valentía, nada de temor...[5]

Y las mujeres entramos a la palestra literaria, ya no como personajes débiles, estigmatizadas, satanizadas, de musas inspiradoras o vilipendiadas por los hombres escritores, sino como creadoras. Entramos como sujetas —no atadas ni amarradas— sino, como seres humanas protagonistas de nuestra propia historia.

Pero el lenguaje con el que aprendimos a hablar, a nombrar las cosas; el lenguaje con el que aprendimos a leer y a escribir, nos permea de tal manera que aún somos nosotras mismas las que nos invisibilizamos y entramos en contradicciones cuando nos nombramos. Ese lenguaje que no permite que lo femenino sea universal: el hombre, el ser humano, todos los presentes y los omnipotentes, el escritor, el poeta, el narrador...aún atrapa a muchas escritoras, ensayistas, críticas literarias, investigadoras de la palabra escrita. De esta forma encontramos trastornos discursivos como el siguiente en el valioso texto de Adelaida Martínez, "Feminismo y Literatura en Latinoamérica":

> Dejando de lado las poetas precolombinas cuya existencia es problemática por ser de carácter exclusivamente oral y en lenguas aborígenes, es indudable que el abanico histórico-literario lo tiene sujeto por el mango la figura heroica de Sor Juana Inés de la Cruz (165-95), el primer poeta notable que da el continente americano en lengua europea. Hija de padre español y madre criolla, Sor Juana es un símbolo de aquello que constituye esencialmente nuestra raza y nuestra cultura: un mestizaje. Para las mujeres que pensamos, leemos y escribimos en español, ese símbolo adquiere proporciones gigantescas por qué Sor Juana es también la primera feminista de América, cuya obra da fe de cómo la potencia creadora en la mujer es capaz de vencer la hostilidad de cualquier sistema patriarcal.[6]

Es muy probable que la autora quisiera trasmitir que Sor Juana fue la primera poeta notable del continente americano, incluyendo a hombres y mujeres. Pero esta palabra escrita está acuñada por la toma del poder histórico de los hombres sobre las mujeres; más allá del orden biológico. Está acuñada por los hombres en el concepto político, social, económico y cultural. Es la palabra de los héroes, de los salvadores del universo, de los que detentan los súper poderes, de los que instalan el orden y someten a los "malos" y a las "malas" —aunque ellos mismos sean también los malos— . Es la palabra del "Hombre Araña", que a través de su telaraña ideológica y cultural invisibiliza a la mujer.

De esta forma, un texto que reivindica a Sor Juana termina reproduciendo la ideología patriarcal al darle tal importancia a "el poeta", anulando a "la poeta" que fue Sor Juana y, más aún, a "la primera feminista de América".

El lenguaje como forma de poder

En una época donde las mujeres han penetrado con tal fuerza en el mundo editorial, tradicionalmente reservado para los hombres o para las mujeres disfrazadas de hombres escritores, es necesario internalizar una realidad encubierta por la historia patriarcal: La realidad tangible y a veces subliminal, del lenguaje misógino. Del lenguaje que vetó la posibilidad de las mujeres de construir su individualidad por más de cuatro mil años. Del lenguaje que se instaló a partir de una versión oficial del discurso patriarcal, donde se estableció que lo femenino y lo masculino se jerarquizaba y por ende, se fundamentaba en relaciones de poder y en situaciones de inequidad entre ellos y ellas.

Es así que la develación y el análisis de las relaciones de poder que se generan desde la creación literaria; aquella que consumen nuestras niñas y niños en las escuelas; la que se apropia la cultura y las personas en el proceso de construcción de su identidad, se torna un compromiso de primera línea en el mundo de la crítica literaria desde nosotras, las mismas mujeres.

El lenguaje no es neutro, esto es, las palabras con las que formamos frases y oraciones, versos y poemas,

textos literarios en general, reflejan una situación social y proyectan una visión del mundo. Cada vez que usamos el lenguaje de forma sexista, moldeamos interiormente, en las subjetividades de los seres humanos y humanas, una manera de actuar, de ser, de sentir.

El lenguaje refleja una forma de poder. El poder de la palabra es inmenso. Ya lo dijo en Zacatecas el premio Nobel García Márquez:

> Nunca como hoy ha sido tan grande ese poder. La humanidad entrará en el tercer milenio bajo el imperio de las palabras. No es cierto que la imagen esté desplazándolas ni que pueda extinguirlas. Al contrario, está potenciándolas: nunca hubo en el mundo tantas palabras con tanto alcance, autoridad y albedrío como en la inmensa Babel de la vida actual. Palabras inventadas, maltratadas o sacralizadas por la prensa, por los libros desechables, por los carteles de publicidad; habladas y cantadas por la radio, la televisión, el cine, el teléfono, los altavoces públicos; gritadas a brocha gorda en las paredes de la calle o susurradas al oído en las penumbras del amor. No: el gran derrotado es el silencio. Las cosas tienen ahora tantos nombres en tantas lenguas que ya no es fácil saber cómo se llaman en ninguna. Los idiomas se dispersan sueltos de madrina, se mezclan, se confunden, disparados hacia el destino ineluctable de un lenguaje global.[7]

Si previo a la globalización el lenguaje tenía, aparte de su función estética, una función gnoseológica y una función axiológica; ahora con la globalización estas funciones se expanden y los mitos sexistas que han caracterizado a la literatura influyen en el comportamiento de las personas y en un modelo de femineidad, de acuerdo a las pautas de la ideología sexista de donde surgió. ¡Claro que las palabras tienen poder! ¡Y cuánto!

Por ese poder que tienen las palabras, se han utilizado para inducir una forma de ser, de pensar y de actuar. Cuando las mujeres irrumpieron en la literatura como creadoras, ya no como protagonistas débiles, románticas, maternales o prostitutas, sino como creadoras que se recreaban una y otra vez; como creadoras que se buscan a sí mismas y a otras, politizándose, narrándose, poetizándose en la vida pública y en la privada, el lenguaje empezó a transformarse. Empezó a tomar otras medidas y también, con un contenido distinto, inclusivo, feminista, las mujeres escriben con las mismas palabras con que aprendieron a leer y a escribir desde su infancia. Las palabras inventadas por los hombres.

El control simbólico de nuestro cuerpo, de nuestras mentes continúa, aunque muchas veces sintamos un leve soplo de libertad cuando leemos los textos escritos por las escritoras de moda o por las que, sin estar en el mundo comercial de las grandes editoriales, son escritoras socialmente reconocidas.

El lenguaje sigue manteniendo su poder. Sigue definiendo la cultura y, tantas veces, esa cultura masculina, impregnada de prejuicios contra la mujer, es transmitida ahora por mujeres que escriben.

La literatura asexuada

Este tema ya nos agota. Aún así, no se encuentra agotado su debate. Por lo tanto, resumamos los dos puntos contrapuestos: Lo que surge de forma más notoria en la literatura escrita por mujeres hoy día es la interrogación permanente de su propia identidad. Las autobiografías y las biografías de mujeres son un claro ejemplo. La narrativa cuyas protagonistas son las madres, las hermanas, la mejor amiga, la hija, identifica a la escritora contemporánea. La poesía intimista y, por otro lado, la novela histórica cuya protagonista es una mujer con voz propia, nos revela un tiempo de lucha femenina, de sueños expresados en voz alta; de revisión crítica de la relación de las mujeres con su entorno. Una literatura cuya destinataria principal es la mujer, pero no es la única. Literatura desde una perspectiva de género, muchas veces sin la confesión explícita de la autora de escribir desde una mirada de mujer.

Por el otro lado, un rechazo a escribir como mujeres, siendo mujeres. La defensa a ultranza de la literatura universal escrita por mujeres. El arreo de las banderas de la pulcritud literaria para el lector o lectora ideal, que no sabemos si existen. Pero esta sola idea hace que la escritora quiera salir despavorida del territorio llamado: literatura feminista. Hay una sola literatura: la buena y la mala y eso es todo. Eso dicen.

En realidad, el tema sólo nos sirve para entender que no importa desde qué posición se encuentren las escritoras en este debate si, al fin y al cabo, cualquiera de las representantes de los dos puntos de vista, puede estar utilizando un lenguaje sexista en su obra, por más contenido universal o feminista que tenga. Y desde ese punto de vista, hasta más peligroso resulta que la escritora que está transmitiendo un mensaje de lucha por la equidad de géneros desde la temática que trate en su obra, nos escriba en la primera página de una magnífica novela, un epígrafe de Luis Cardona y Aragón, que dice así:

> La poesía es la única
> prueba concreta de la
> existencia del hombre.[8]

Más no de nuestra existencia como mujeres, aunque la poesía se refiera tantas veces a nosotras, para bien y para mal. Sin embargo, *Antigua vida mía* es una novela con la que las mujeres nos sentimos identificadas

♦♦♦

porque adivina a cada paso nuestros sueños, nuestras esperanzas. Pero el mensaje sexista aparece de cuando en cuando, algunas veces muy velado y, otras, oculto tras la máscara de la simple redacción genérica, que termina no siendo tal, cuando la voz narrativa, Josefa, contesta ante la pregunta de una periodista, qué es para ella la felicidad:

> Un día lluvioso en el sur —contesto— con la luz de las dos de la tarde, una sopa caliente y todos alrededor de la mesa. Eso es la felicidad.[9]

Todos eran mujeres y hombres de la familia, la mejor amiga, etc. Definitivamente, todos no eran sólo hombres. Pero bueno, la idea, pensaría la autora, es no complicar tanto el lenguaje. Al fin y al cabo que todos (más no todas), se sienten identificados (mas no identificadas) con el sentido del texto.

En otra parte de la narración, ya en la ciudad de Antigua, los personajes, hombres y mujeres, en un tono conversacional, entre recuerdos y reflexiones ideológicas, dicen:

> —No me interesa el pasado como tal. Me interesa para entender quiénes somos hoy.
>
> —Porque sin memoria no somos nada, ¿verdad? —dice Bob.
>
> —Me he quedado en un trecho extraño, una tierra de nadie. No quiero volver atrás, como los ultras de tantas partes, pero tampoco me avengo con el actual pragmatismo ni con la total falta de ideología.
>
> —¡Violeta, Violeta! ¿Quién de nosotros se aviene con eso? ¡Somos hijos de los sesenta, after all! —refuta Javier.
>
> —No quiero relativizarlo todo, porque me da miedo no distinguir, el día de mañana, quién es el que sufre y quién no.[10]

Nuevamente, "nosotros" para abarcar a hombres y a mujeres. Mitad y mitad. Estamos todos y todas, ellos y nosotras. Pero sólo se menciona a los hombres, porque cuando ellos hablan, ellos conjugan, ellos gramatican, ellos se incluyen, ellos solos. Además, reitera: "somos hijos..." Definitivamente, son hijos, no hijas, aunque el personaje Javier, quiera dar a entender que todos y todas son de una misma generación. Porque aunque hubiese un sólo hombre entre todas las mujeres, bastaría decir "nosotros", bastaría decir que "todos somos hijos..."

Pero lo más interesante, es que Violeta, la protagonista, la que ha sufrido, la que se atrevió a asesinar a un esposo maltratador, la que tuvo ese valor, incorporando históricamente esa imagen devaluada de la mujer que nos han impuesto, responde que le da miedo no distinguir mañana quién es "el que sufre y quién no." De esta forma, deberíamos entender, en la lectura consciente, que ella no sufre, que no sufren las mujeres (paradójico, porque son las que más sufren...). Pero es el lenguaje sin voz para las mujeres, el que nos invisibiliza. En ese momento de la narración, Violeta se transforma en la mujer invisible; la eterna invisible. Sin embargo, es una de las protagonistas principales de la novela.

En un texto donde las mujeres nos podemos recrear y sentirnos tan identificadas con los retazos de vida que Josefa trae a la luz, desprendidos del diario de Violeta, la maldita telaraña de la pretendida universalidad de *Spiderman*, oculta por momentos nuestra competencia, nuestros propios valores, nuestra identidad.

Tomar como ejemplo la novela *Antigua vida mía* tiene un doble propósito. En primer lugar, es un libro que me atrae. Penetra mis sentidos y refresca mi imaginación. Me identifico como lectora. No conocía la ciudad de Antigua en Guatemala cuando leí el libro hace varios años, por lo que no relacioné el título con la ciudad. No podré olvidar mis sensaciones cuando en las primeras páginas del libro, una, llena de contradicciones, de búsquedas, de nuevas sensaciones, se tropieza con un texto como éste:

> Una mujer es la historia de sus actos y pensamientos, de sus células y neuronas, de sus heridas y entusiasmos, de sus amores y desamores. Una mujer es inevitablemente la historia de su vientre, de las semillas que en él fecundaron, o no lo hicieron, o dejaron de hacerlo, y del momento aquél, el único en que se es diosa. Una mujer es la historia de lo pequeño, lo trivial, lo cotidiano, la suma de lo callado. Una mujer es siempre la historia de muchos hombres. Una mujer es la historia de su pueblo y de su raza. Y es la historia de sus raíces y de su origen, de cada mujer que fue alimentada por la anterior para que ella naciera: una mujer es la historia de su sangre.
>
> Pero también es la historia de una conciencia y de sus luchas interiores. También una mujer es la historia de su utopía.[11]

Por otra parte, es una novela escrita por una autora reconocida y además, feminista. Y justamente, en la creación literaria donde se le otorga la palabra a la mujer, donde ésta es la protagonista (en el caso de *Antigua vida mía*, son dos mujeres las protagonistas) y donde la condición masculina no sirve para proyectar el personaje que da vida a la historia; no sirve para simbolizar a las mujeres, el lenguaje sexista se encuentra presente.

Podemos decir que no se trata de un lenguaje sexista. Se trata de simplificar las palabras, de hacer más fluido el texto, en fin, de no romper la melodía natural que tiene el mismo. Pero no, así como nos presentan personajes femeninos que se : autosalvan de la miseria de una vida impregnada de violencia doméstica, de violencia política, de inequidades, de limitaciones en su entorno y de tantas

otras situaciones, así mismo tenemos que aprender a salvarnos del lenguaje que nos minimiza, que nos empequeñece, que nos hace sentir menos, que nos diluye y encasilla nuestras vivencias en el lugar de la otra. La otra que no es él. La otra, la mujer. La menos importante, siempre menos, menos importante.

Para quienes sostienen que la literatura no tiene sexo, es bueno recordarles que los personajes de cualquier narración sí tienen sexo y también hay quienes escogen su opción sexual. Y las escritoras no debieran seguir tratando a los personajes femeninos desde la óptica de la marginalidad inherente a la que nos relega el lenguaje sexista. Sobre todo, no debieran caer en las trampas de la telaraña alienante del *Hombre Araña* y creer que el orden de las palabras es así, como siempre ha sido. Que ocupan un lugar envidiable en la voz y en la escritura de los hombres. Que ellos saben ordenarlas de mejor manera, que su sintaxis es impecable y que no hay referente semántico ni pragmático en el discurso como el que ha instalado el hombre. Por supuesto, el hombre instalado por el patriarcado.

Estoy convencida que las cosas, cuando una escribe, son como una quiere que sean. Al menos, esa es la libertad que tienen los escritores y las escritoras. Y si nosotras, las que nos hemos atrevido a recuperar la palabra —ausente de nuestras vidas por tanto tiempo— no concienciamos que la palabra escrita sirve para internalizar ideas, imágenes, modelos sociales y concepciones de lo femenino y lo masculino, entre tantas otras cosas, seguiremos atrapadas en esas redes invisibles de la insensibilidad al género. Además, diremos que todo esto del lenguaje sexista es una exageración y defenderemos la desexualización de la palabra en la literatura y proclamaremos la defensa de la generalización y de la sobregeneralización porque así es la vida, porque esa es nuestra realidad y la literatura reproduce lo que pasa en la vida.

La lengua cambiante

Dice Marcela Lagarde:

> Las lenguas se fortalecen cuando, cambiando siempre, expresan la heterogénea multiplicidad de experiencia de sus hablantes, más aún si son más quienes la leen y la escriben. Pueden, en cambio, debilitarse y desaparecer si se imponen en ellas normas y usos que no concuerdan con las aspiraciones, las necesidades y los deseos de las mujeres y los hombres que viven, piensan y sienten a través de sus propias hablas.[12]

El lenguaje cambia de acuerdo a los usos que le damos; de acuerdo a la realidad que vivimos. Y ésta última, siempre es cambiante. ¿Cuándo nos imaginaríamos que un día eliminarían la "che" del alfabeto. Y sucedió. ¿Cuándo nos íbamos a imaginar que los presidentes y presidentas de nuestros países latinoamericanos, se dirigirían al público, con las palabras introductorias de: "Señoras y señores..." ¿Cuándo escucharíamos que en los parlamentos de nuestros países se discutiría la aprobación de leyes que eliminasen el lenguaje sexista de las obras literarias y textos escolares que utilizan nuestros niños y niñas en las escuelas? Claro, excluyendo los "clásicos", porque ni modo... además marcan una época, una historia, un contexto político, económico y cultural.

Con las mujeres escribiendo con mayor libertad y soltura sobre un mundo donde pocas veces se separan los afectos de la realidad; donde la vida privada se airea fuera del encierro doméstico, hay más posibilidades de nombrarnos. ¿Para qué utilizar un genérico masculino, si podemos decir "nosotras" con la mayor naturalidad. ¿Para qué vamos a mencionar el "hombre" universal, si podemos referirnos con fluidez a las mujeres y a los hombres?. Aprender a conquistar la palabra mujer, no solamente en los contenidos e imágenes de las creaciones literarias, sino en la misma palabra, puede resultar una aventura fascinante.

Por supuesto que somos distintas, y es bueno serlo. Distintas en el estilo, en el pensar, en lo que producimos a partir de diferentes experiencias de vida. Si hay mujeres en todos los partidos políticos de nuestros países, ¿cómo no va a haber experiencias literarias distintas entre escritoras? Pero eso no nos puede hacer indiferentes al lugar que la historia de los hombres nos ha querido relegar. A ese lugar vacío, silencioso, producto de los deseos y miedos masculinos. Producto de sus fantasías y de sus desórdenes sociales.

Conclusión

Hemos alcanzado grandes avances. Hay escritoras por los cuatro costados del mundo. Ah, bueno, el mundo es redondo, así que mejor, por toda su circunferencia. No todas son debidamente publicadas. Existe un *boom* de mujeres que escriben, cuyas narraciones son llevadas al cine, y sus poemas musicalizados. Escritoras cuyos rostros se encuentran en las vitrinas de librerías de prestigio y en las de los aeropuertos del mundo, que están escribiendo de las subjetividades femeninas hasta ahora inéditas. Hacen surgir imágenes de mujeres fuertes y emprendedoras; de mujeres sobrevivientes y no víctimas pasivas. Sí, pero muchas lo hacen utilizando un lenguaje en clara contradicción con el discurso que han desarrollado a lo largo de la obra.

♦♦♦

Recuerdo una frase de Lacan que cita Marcela Flores Iga en su texto "Teorías feministas", encontrado en la web:

> [...] no es el poder de nombrar lo que confiere la libertad que deriva del discurso del dominio, sino la habilidad de escapar al poder de los significados impuestos por el otro.[13]

Por ahí dicen que Lacan, es un aliado del patriarcado. No importa, porque debemos aprender a usar lo que nos sirve y a desechar lo que no nos es útil y lo que nos hace daño. En este caso, ¿cómo vamos a demostrar que somos hábiles si no escapamos de la ética de la exclusión y dejamos de hablar la palabra del hombre? Inventemos nuevas palabras y consigamos quien las publique. Al fin y al cabo, si logramos que se extienda su uso, la Real Academia acabará por aceptarla. Si el diccionario recoge lo que los pueblos (menos mal que en México hay un lugar que se llama Puebla) repiten y repiten en su uso diario. Vamos a recibir nuevas palabras y a usarlas en el próximo libro. Vamos a ser tercas y más tercas. Si al fin y al cabo, estoy segura que a ese *hombre araña* sólo lo podremos eliminar si nos transformamos en arañas viudas. Esas arañas del género "Latrodectus" y que han adquirido fama (más no fortuna) porque su nombre se debe a que la hembra de aproximadamente 13 milímetros, tras la cópula, se come al macho de 6 milímetros. Además, su forma es simbólicamente útil para nosotras las mujeres, ya que tiene el abdomen totalmente negro con el dibujo de un reloj de arena o trazas de él. El símbolo del tiempo como un reloj de arena... nos queda al pelo esta araña viuda para no seguirnos despidiendo de nosotras mismas cada vez que escribimos. Como dice la psicóloga y escritora franco-colombiana, Florence Thomas:

> [...] a lo largo de los siglos las mujeres aprendieron su ausencia al lado de los hombres: el adiós a sí mismas. Con la palabra masculina pasamos la vida en despedirnos, o más bien en ser despedidas, exiliadas, ocultadas, censuradas y limitadas frente al mundo, pero sobre todo, frente a nosotras mismas.[14]

Escribamos y hagamos crítica literaria responsable. Se dice que la literatura escrita por mujeres debe tener cerca de doscientos años y que por tal razón no podemos obligarla a tener la misma experiencia adquirida por los hombres.[15] No queremos la misma experiencia: inventar guerras, morir en ellas, matar en ellas, violar en ellas, deshumanizarse en ellas y otras cosas por el estilo. No necesitamos esas experiencias. Tenemos las nuestras y si bien, muchas mujeres son profundamente críticas consigo mismas, debemos aprender de nuestras experiencias —las nuestras y las de las otras—, expresarlas en la literatura pero dejando de lado el eterno aburrido de la culpabilidad.

Para limpiar nuestras palabras del lenguaje sexista, de ese *hombre araña* que nos acompaña desde que nacimos, empecemos por hacernos algunas preguntas útiles:

- ¿El título expresa sexismo?
- ¿Estoy usando lenguaje genérico que es sexista?
- ¿El concepto, los mensajes, la trama, emplea criterios sexistas?
- Cuando ambos sexos se mencionan juntos en frases particulares, ¿un sexo precede consistentemente al otro?
- ¿Predomina una única perspectiva?
- ¿Estoy degradando persistentemente a uno de los sexos?
- Las ideas plasmadas, ¿corresponden a una división sexual que obedece a valores no justificados?
- ¿Estoy trabajando con referentes androcéntricos?
- ¿Estoy tratando a los personajes masculinos permanentemente como actores mientras que sobre las mujeres recaen las acciones?
- ¿Las conductas masculinas se adoptan como la norma y las conductas femeninas como la desviación que debo explicar?
- ¿Estoy prestando atención adecuada a los roles sexuales?

Podemos seguir inventándonos preguntas y descubrir cosas interesantes, pero por encima de todo, vamos a ir descubriéndonos en ese inefable camino de nuestras maravillosas potencialidades y vamos a ir apareciendo como la imagen de la mujer invisible que se descubre ante sí misma y ante los otros y las otras.

Por la literatura, por las palabras, la voluntad y el deseo, ¡Qué *hombre araña* ni qué *hombre araña*! ¡Nosotras, visibles al fin! ♦

Notas

*Ponencia presentada por la autora en el VI Congreso Internacional de Escritoras Inés Arredondo, realizado del 23 al 26 de septiembre de 2004 en Guadalajara Jalisco, México.

[1] Domínguez, Daniel; "Una Academia de 75 años"; Diario La Prensa, Panamá, 9 de septiembre de 2003.

[2] *Ibídem.*

[3] Fernández González, Nieves; "El papel de los textos filosóficos en el mantenimiento de la subordinación de las mujeres"; material del Curso sobre Metodología y recursos en el análisis de textos filosóficos; citando a Victoria Sau.

[4] En "www.deneno.net/archivos/lenguaje-sexista, a raíz de los comentarios vertidos sobre el tema desde el 9 de abril de 2001 hasta el 2 diciembre de 2004.

[5] Elvir, Lety; "¿Existe una literatura femenina?" en *Páginas Verdes*, consultado en www.euram.com.ni/pverdes/Artículos/lety_elvir_segunda.htm; p. 2; s/o/d.

[6] Martínez, Adelaida; "Feminismo y Literatura en Latinoamérica"; encontrado en www.correodelsur.ch/Arte/literatura/literatura-y-feminismo.html; p. 10; s/o/d.

♦♦♦

[7] García Márquez, Gabriel; "Botella al mar para el dios de las palabras"; palabras en la apertura del Primer Congreso Internacional de la Lengua Española; Zacatecas, México, tomado de El País Digital; s/o/d.

[8] Cardoza y Aragón, Luis; poeta antigüeño citado en forma de epígrafe por Marcela Serrano en su libro Antigua vida mía; editorial Alfaguara, 1995; Santiago de Chile; p. 9.

[9] Serrano, Marcela; Antigua vida mía; *ídem.*, p. 238.

[10] Serrano, Marcela; *ibidem*, p.333.

[11] Serrano, Marcela; *ibidem*, p. 21.

[12] Lagarde, Marcela; "El castellano, una lengua de caballeros"; tomado de www.mujeres en red.com; trasladado a la red por Laura Asturias; s/o/d.

[13] Flores Iga, Marcela; "Teorías Feministas"; texto encontrado en la web, donde hace referencia a Lacan. pp.5; s/o/d.

[14] Thomas, Florence; Conversación con un hombre ausente; Arango editores; segunda edición, 1998; Bogotá, Colombia, p.100.

[15] Rodríguez, Silvia; léase un documento de extraído de www.mujerescreativas.canadianwebs.com/silvia1.htm titulado "El despertar de un silencio", sobre este tema, del cual no estamos completamente de acuerdo porque tiende a tratar a las mujeres escritoras con demasiada indulgencia.

Bibliografía

Barberis; Barthes, R.; Buthor, M., *et al.* (1974). *Escribir... ¿Por qué? ¿Para quién?*. Monte Ávila Editores, Venezuela, 238. pp.

Bossio Suárez, Sandro; "Diálogo con Carmen Ollé. No existe literatura femenina, sino literatura universal"; entrevista; consultado en la web; s/o/d.

Calvo, Yadira (1984). *Literatura, mujer y sexismo*. Editorial Costa Rica; San José, Costa Rica; 143 pp.

Chaves Salas, Ana Lupita; "Las relaciones de género en el contexto escolar: un estudio de caso a nivel de educación preescolar, Costa Rica"; Instituto de Investigación para el Mejoramiento de la Educación Costarricense; Universidad de Costa Rica; enviado al correo electrónico de G. Young; pp. 16; s/o/d.

Domínguez, Daniel; "Una academia de 75 años"; *Diario La Prensa de Panamá* del 09/04/2001.

Eichenbaum, Luise; Orbach, Susie (1988). *Agridulce-El amor, la envidia y la competencia en la amistad entre mujeres*. Ediciones Grijalbo; México, 232 pp.

Elvir, Lety; "Existe una Literatura Femenina"; consultado en www.euram.com.ni/pverdes/Articulos/lety_elvir_segunda.htm; 09 de mayo de2001; s/o/d.

Fernández González, Nieves; "El papel de los textos filosóficos en el mantenimiento de la subordinación de las mujeres"; material del curso sobre Metodología y Recursos en el análisis de textos filosóficos; España; consultado en la web; s/o/d.

Fletcher, Lea; "La Literatura y las relaciones entre los géneros"; consultado en www.magogris.com/f/flle01_15_2000.html; 3 pp. s/o/d.

Flores Iga; Marcela; "Teorías feministas"; consultado en la web .5 pp. s/o/d.

García Márquez, Gabriel; "Botella al mar para el dios de las palabras"; palabras del Premio Nóbel en la apertura del Primer Congreso Internacional de la Lengua Española, celebrado en Zacatecas, México; 2004; consultado en El País Digital, abril 2004; s/o/d.

González-Ortega; Nelson; "La novela latinoamericana de fines del siglo XX: 1967-1999. Hacia una tipología de sus discursos"; artículo parte de un proyecto de investigación "Nuevas voces en un mundo plural: un estudio de las narrativas hispánicas de fines del siglo XX", Universidad de Oslo, Noruega 16 pp: s/o/d.

Jaramillo, María Mercedes; Osorio de Negret, Betty; Robledo, Ángela Inés;(1997) "Después de tanto silencio" Boletín Cultural y Bibliográfico No. 41; Editorial Universidad de Antioquía, tomo I, pp. 421.

Lagarde, Marcela; "El Castellano, una Lengua de Caballeros"; consultado en www.mujeresenred.com; trasladado a la Red por Laura Asturias; pp.4. s/o/d.

López González, Aralia (1995). *Sin imágenes falsas, Sin falsos espejos. Narradoras mexicanas del siglo XX*. El Colegio de México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, México. 629 pp.

Martínez, Adelaida; "Feminismo y Literatura en Latinoamérica"; Universidad de Nebraska; consultado en www.correodelsur.ch/Arte/literatura/literatura-y-feminismo.html; pp.13: s/o/d.

Meza Márquez; Consuelo; "Panorama de la narrativa de mujeres centroamericanas", ponencia presentada en la mesa de Historia y Literatura en el VI Congreso Centroamericano de Historia. Panamá, julio 22 al 26 de 2002; consultado en www.denison.edu/collaborations/istmo/n04/proyectos/panorama.html; 09/13/2004; 15 pp.

Monzón, Isabel; "Comentario al Workshop 7: Género y discursos culturales", en las III Jornadas de Actualización: Cuerpo y subjetividad: mujeres, varones, construcciones teóricas y experiencias de vida en el Foro de psicoanálisis y género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, octubre, 1997; consultado en www.isabelmonzon.com.ar/comentarios.htm, p. 5.

Oroz, Alfonso; "Sexo, Genética y Género"; consultado en www.elcastellano.org; La Página del Idioma Español; 6 pp. s/o/d.

Pinto, Patricia; Rojas, Benjamín; (1995). Escritoras Chilenas-Críticas literarias (estudios, antología y bibliografía), segundo volumen; Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile; 349 pp.

Rodríguez, Silvia; "El despertar de un silencio"; consultado en www.mujerescreativas.canadianwebs.com/silvia1.htm; 09/05/2001; 7 pp.

Sala, Mariella; "Relatos y dilemas de la escritora latinoamericana hoy"; consultado en www1.tsi.com.pe/relat/debate60.htm; 09/05/2001; 5 pp. s/o/d.

Serrano, Marcela;(1995) Antigua vida mía; editorial Alfaguara; 366 pp.

Thomas, Florence; (1998) Conversación con un hombre ausente; Arango Editores; Bogotá, 223. pp.

Villaseñor García, Marta Leticia Munévar, Munévar, Doris Inés; "Procesos de investigación no sexista. Aproximación a la vigilancia conceptual". En "¿Sí o no?"; consultado en http://educacion.jalisco.gob.mx/consultar/educar/07/7munevar.html;9 de mayo de 2001; 10 pp.